



Por: William Cacua

primitivoxxi@gmail.com

- ¡Ingeniero! ¡Ingeniero! Encontré uno –gritaba un miembro del Cuerpo Oficial de Bomberos en medio de tanta polvareda y oscuridad.

-¿Qué sucede? -Preguntó el ingeniero.

-Mire, encontré un cadáver. Al parecer hace unas horas murió.

Mientras se iba aclarando el lugar pudieron percibir otro cuerpo sin vida, pero este ya presentaba un alto grado de descomposición.

-Inge...- dijo el bombero tocando a la primera víctima-, posiblemente murió por deshidratación.

-Llame al resto del grupo para sacar los cuerpos de este lugar.

-Espere un momento ingeniero- comentó el bombero acurrucado y alumbrando algo con la lámpara de su casco.

-¿Qué hace?

-Estoy leyendo una nota que encontré en sus manos. ¿Quiere saber qué dice?

-Bueno, pero rápido –exclamó el ingeniero, comandante del equipo de búsqueda-; porque hay mucho por hacer.

-“No me gustaba salir de la ciudad, del apartamento, ni de mí, auto-argumentándome para convencerme que uno no salía, adonde quiera que fuese, uno seguía adentro” -comenzó a leer ligeramente el sujeto del equipo de rescate-. “Esto no me sucedía antes, pero de un momento a otro, todo se limitó a un pequeño espacio y cuando quise huir no pude. Los años o mi profesión, habían hecho estragos en mí, al punto de sentirme incómodo hasta con la música”.

El bombero hizo una pausa y siguió leyendo. –“Cuando quise arriesgarme a salir de mis propios olores e irme a un lugar poco concurrido, a una ciénaga solitaria a vivir un instante de mi vida, terminé en esto, enterrado por cosas pesadas, por una mezcla de rocas y parte del techo de concreto del túnel. Vi que lo construido se me vino a pique, quedé en tinieblas y estrellé. Mi auto quedó bajo el camión que iba metros adelante. El túnel que había en la carretera vía al mar se derrumbó y quedé atrapado (o quedamos atrapados); pues al estar otra vez consciente (si es que lo estaba), y salir del vehículo con gran esfuerzo, vi brotar llamas de otro automóvil aplastado. Estaba aterrado”.

“Un imploro quejumbroso me hizo volver en sí, un hombre desesperado pedía ayuda desde la cabina de un camión. Caminé hasta allí, guiado por la luz del mismo. Se encontraba atascado, no podía sacar su pierna derecha, la palanca de los cambios la magullaba, impidiendo movimiento alguno. El dolor, y la tensión que sentía por estar atrapado impedía que me escuchara. Traté de tranquilizarlo, pero fue algo estúpido de mi parte. El sufrimiento se apoderó de él, tanto así, que parecía un niño gimiendo desgarradamente. Sus gritos me afanaban tanto que traté desesperadamente de aislar la palanca, pero no la moví ni un milímetro. No sabía qué hacer. Le pregunté varias veces donde tenía la caja de las herramientas, que si tenía alguna segueta, pero él estaba ensordecido de dolor, y sus manos hacían lo imposible por zafarse”.

“Bajé de la cabina tratando de buscar algo con que aislar la palanca. La oscuridad dificultaba la búsqueda. Saqué mi briquet con el ánimo de iluminar un poco. Buscaba por todas partes y nada. Los gritos de dolor hacían la búsqueda más tensa; y al fin, encontré una varilla de hierro macizo en la parte interna de la carrocería. Lo siguiente que hice, fue meter la varilla por un ladito y empujar con todas mis fuerzas. Poco a poco fuimos retirando la palanca, y al final, un descanso en él se presentó en forma de desmayo. La pierna había quedado destrozada. Como pude lo bajé y lo situé en un rincón donde habíamos quedado atrapados”.

“Al despertar, quiso decir algo pero no pudo, su intento de hablar se transformó en bocanadas de sangre y murió”.

“Han pasado muchos días oscuros desde entonces. He tomado la decisión de redactar lo sucedido a pesar de tanta hambre y sed que me carcome. Pues no aguanté más, prendí mi briquet, busqué un lápiz en lo que quedaba del auto y luego saqué un papel de mi billetera para escribir estas líneas.

“He sentido ruidos como de máquinas, pero muy lejos de este lugar, como si estuvieran retirando escombros y vinieran por mí...”

Fin

